

Konrad Lorenz

Premio nobel en Fisiología o Medicina, 1973

**Los ocho pecados
mortales de la
humanidad
civilizada**



Konrad Lorenz (Premio Nobel de Medicina 1973) investiga en esta obra los fenómenos de la deshumanización, que amenazan no sólo con un rápido ocaso a la civilización y cultura contemporáneas, sino también a la Humanidad en su conjunto: superpoblación de la Tierra; asolamiento del espacio vital y natural; emulación del ser humano hasta competir consigo mismo impulsado por el acicate de la evolución tecnológica; paulatina atrofia de los sentimientos más profundos; decadencia genética, etc. El autor previene insistentemente contra las falsas interpretaciones y conductas erróneas resultantes de una doctrina «seudodemocrática», con lo cual el medio ambiente condiciona de una manera exclusiva nuestro comportamiento social y moral.

PRÓLOGO OPTIMISTA

El presente ensayo ha sido escrito y publicado como homenaje a mi amigo Eduard Baumgarten en su septuagésimo aniversario. Verdaderamente su esencia no armoniza con ninguna circunstancia regocijante ni con la naturaleza festiva de tal celebración, pues hasta cierto punto es una lamentación, una exhortación a la Humanidad entera pidiéndole contrición y enmienda; casi cabría conceptuarlo como un sermón penitencial más propio del famoso agustino vienes Abraham Santa Clara que de un naturalista. Pero en estos tiempos que vivimos es el naturalista quien puede percibir con singular claridad ciertos peligros. Como resultado, el dar conferencias representa un deber para él.

Mi conferencia, divulgada por la Radiodifusión, tuvo tal resonancia que quedé completamente asombrado. Recibí innumerables cartas en las que me solicitaban el texto impreso, y, por último, uno de mis mejores amigos me exigió categóricamente que hiciera circular el ensayo en una amplia esfera de lectores.

Todo ello tiende por sí mismo a desmentir el pesimismo que parece emanar del escrito: ¡El hombre que creyera ciertamente predicar en el desierto estaba hablando —según se ha comprobado— ante un auditorio nutrido y excepcionalmente juicioso! Es más, al releer mis propias palabras me han extrañado algunas manifestaciones que fueron ya algo exageradas cuando las escribí y que hoy día carecen de fundamento. Por ejemplo, en la página 106 se dice que la Ecología es una ciencia cuyo significado no encuentra todavía suficiente aceptación. Realmente, hoy día no se

puede afirmar tal cosa, pues nuestra organización bávara *Gruppe Okologie* está hallando una comprensión y una acogida muy satisfactoria por parte de las autoridades competentes. Un número siempre creciente de personas razonables y juiciosas valora acertadamente los peligros inherentes a la superpoblación y la ideología del crecimiento. En todas partes se adoptan medidas contra la devastación del espacio vital; hasta ahora no han resultado suficientes ni mucho menos, pero tal iniciativa basta para hacernos concebir la esperanza de que pronto lo serán.

En otro aspecto debo corregir también ciertas declaraciones con objeto de darles una orientación más satisfactoria. Por aquellos días, al comentar el conductismo, escribí que esta doctrina es «sin duda culpable, en muy amplia medida, de la amenazadora desintegración moral y cultural sufrida por los Estados Unidos». Desde entonces hasta hoy se han elevado numerosas voces en los propios Estados Unidos para refutar de forma sumamente enérgica ese concepto erróneo; y aunque se les ofrezca todavía mucha resistencia con todos los medios disponibles, también se *les escucha*, porque es imposible aherrojar la verdad a menos que se le haga enmudecer totalmente. Las enfermedades espirituales epidémicas del presente, procedentes de América, suelen llegar con cierto retraso a Europa. Así pues, mientras el conductismo decae en América, sigue haciendo estragos entre los psicólogos y sociólogos europeos. Sin embargo, cabe pronosticar que aquí la epidemia remitirá pronto.

Por último, me gustaría agregar una breve apostilla rectificadora acerca del antagonismo reinante entre las generaciones. Pues los jóvenes contemporáneos suelen aguzar el oído ante las verdades biológicas fundamentales mientras no sean objeto de instigaciones políticas o simplemente se resistan a creer todo cuanto les diga una persona mayor. No sería muy difícil hacer ver a esa juventud revolucio-

naria la veracidad de lo que se expone en el capítulo VII de esta obra.

Pecaría de presuntuoso suponer por anticipado que todo cuanto uno sabe con absoluta certeza no pueda hacerse también inteligible para la mayoría de los seres humanos. Ahora bien, el contenido de este libro es mucho más comprensible que, por ejemplo los cálculos diferencial e integral, el aprendizaje de los cuales es obligatorio para cualquier estudiante de enseñanza superior. Todo peligro pierde mucho del temor que inspira cuando se desentrañan las causas. Por consiguiente, creo y espero que este manual contribuya un poco a aminorar los peligros que se ciernen sobre la Humanidad.

Seewiesen, 1972

KONRAD LORENZ

I. PROPIEDADES ESTRUCTURALES Y PERTURBACIONES FUNCIONALES DE LOS SISTEMAS VIVIENTES

La Etología se define como una rama de la ciencia que surgió cuando, en tiempos de Charles Darwin, se aplicaron también los métodos y planteamientos empleados con carácter obligatorio y axiomático por las restantes disciplinas biológicas a la investigación del comportamiento animal y humano. Desde luego, resulta sorprendente una incorporación tan tardía, pero esto tiene sus orígenes en la investigación histórica del comportamiento, a lo que nos referiremos de nuevo en el capítulo sobre formación indoctrinada. Así pues, la Etología estudia tanto el comportamiento animal y humano como la función de un *sistema* que debe su existencia y su peculiar forma a una génesis *histórica*, la cual ha tenido lugar en la historia genealógica, en el desarrollo del individuo y —respecto a los seres humanos— en la historia de la civilización. ¿*Por qué* se ha creado así un sistema determinado y no de otra forma? Esta pregunta causal genuina sólo puede encontrar una respuesta legítima en la elucidación natural de esa génesis.

Entre las causas de toda constitución orgánica la *selección natural* desempeña un papel primordial junto con los fenómenos de la mutación y la combinación original de genes. Esto origina lo que denominamos *adaptación*, es decir un proceso auténticamente cognoscitivo, por conducto del cual el organismo asimila la información existente en el medio ambiente —información sumamente importante para su

supervivencia— y por medio del que adquiere *conocimientos* sobre el medio ambiente.

El ser viviente se caracteriza por la existencia asegurada mediante esa adaptación de estructuras y funciones incipientes; en el mundo inorgánico no existe nada semejante. Por consiguiente, el investigador debe afrontar una pregunta a la que no puede responder el físico ni el químico. La pregunta es ésta: ¿para qué? Al interrogarse así, el biólogo no busca una interpretación biológica, sino solamente —y con más modestia— el funcionalismo específico de un atributo. Cuando nos preguntamos por qué tienen los gatos unas garras curvadas y respondemos «para cazar ratones», nos reducimos a plantear someramente esta cuestión: ¿Qué funcionalismo específico de los gatos ha originado esa forma peculiar de garras?

Cuando se ha formulado innumerables veces dicha pregunta durante toda una vida de investigación, relacionándola con las estructuras y conductas diversas, y cuando se ha recibido un ilimitado número de respuestas convincentes, uno se siente inclinado a opinar que las formaciones complejas —e improbables genéricamente— de la constitución física y del comportamiento nunca tienen lugar como no sea mediante la selección y la adaptación. Ahora bien, este criterio podría desorientarnos cuando abordamos con la pregunta «¿para qué?» determinados comportamientos del hombre civilizado expuestos regularmente a la observación. Pues ¿para qué le sirve a la Humanidad su multiplicación desmedida, su espíritu de competencia que se acrecienta sin límite hasta rayar en lo demencial, el incremento del rearme, cada vez más horripilante, la progresiva enervación del hombre apresado por un urbanismo absorbente, y así sucesivamente? No obstante, si afinamos un poco nuestra observación nos percatamos de que todos esos adelantos erróneos son perturbaciones de unos mecanismos muy concretos del comportamiento, en cuyos comienzos se desarrollaría, con toda probabilidad, como un

valor inalterable, la conservación de la especie. Para expresarlo con otras palabras, se les debe conceptualizar como rasgos *patológicos*.

El análisis del sistema orgánico, en que se funda el comportamiento social del hombre, es la tarea más difícil y codiciada de todas cuantas puedan proponerse las ciencias naturales, pues este sistema es, con mucho, el más complejo sobre la Tierra. Aquí cabría aducir que una empresa tan espinosa en sí puede terminar siendo una imposibilidad absoluta, puesto que las manifestaciones patológicas se sobreponen al comportamiento humano y lo transforman de maneras múltiples e imprevisibles. Afortunadamente no ocurre así. Las perturbaciones patológicas no representan ni mucho menos un obstáculo insuperable en el análisis de un sistema orgánico, sino más bien, y muy a menudo, la clave para comprenderlo. Por la historia de la Fisiología conocemos numerosos casos en los cuales el investigador no percibe la existencia de un sistema orgánico importante hasta que alguna perturbación patológica provoca la enfermedad. Cuando Emil T. Kocher intentó curar la denominada enfermedad de Basedow extirpando la glándula tiroidea, al principio ocasionó tetania y espasmos, porque había eliminado también las paratiroides que regulan el metabolismo del calcio. Una vez rectificado este error, Kocher adoptó medidas demasiado radicales todavía en la extirpación del tiroides y provocó un síndrome que él denominó *caquexia tireopriva*, que muestra cierta semejanza con el mixedema, una enfermedad característica de los valles alpinos pobres en yodo, y cuya manifestación más frecuente es el cretinismo. De esos hallazgos y otros similares se dedujo que las glándulas de secreción interna forman un sistema en el que cada uno de sus elementos se relaciona literalmente con los demás mediante una acción causal recíproca. Toda secreción de las glándulas endocrinas al torrente circulatorio ejerce una acción muy concreta sobre el organismo, con lo cual pueden resultar afectados de diversas

formas el metabolismo, las fases de desarrollo corporal, el comportamiento y otras muchas cosas. Por ello, se ha dado a tales secreciones el nombre de hormonas (del griego *horman* = excitar). Los efectos de dos hormonas pueden ser diametralmente opuestos entre sí, es decir, «antagónicos», tal como suelen serlo las acciones de dos músculos cuya acción contraria tiende a neutralizar sus efectos en una articulación. Mientras se conserve intacto el equilibrio hormonal nadie notará que el sistema de las glándulas endocrinas está integrado por funciones parciales. Pero si se altera la armonía entre unas acciones y otras contrapuestas, el estado general del organismo perderá su deseable «valor estimativo», es decir surgirá la enfermedad, aun cuando dicha alteración sea mínima. El exceso de hormonas tiroideas provoca la enfermedad de Basedow, y la deficiencia, el mixedema.

El sistema de las glándulas endocrinas y la historia sobre su investigación nos proporcionan valiosos indicios que señalan el mejor camino que debe seguirse en nuestro propósito de comprender el sistema completo de los impulsos humanos. Desde luego, este sistema presenta una constitución mucho más compleja de lo que pueda suponerse, aunque sólo sea porque abarca el de las glándulas endocrinas como un sistema secundario. Evidentemente, el hombre posee fuentes autónomas del impulso en ingente cantidad, y muchas de entre ellas se remontan al comportamiento programático de origen filogénico, es decir el «instinto». Es erróneo caracterizar al hombre cual un «ser reducción-instinto», como incluso yo mismo hiciera tiempo atrás. Por otra parte, es cierto que las largas cadenas cerradas de comportamientos innatos pueden «soltarse» en la mente durante el desarrollo superior histórico de la capacidad para aprender y del entendimiento; asimismo, pierden el acoplamiento obligado entre sus elementos, con lo cual estas piezas sueltas quedan, independientemente, a disposición del sujeto activo, como lo ha demostrado de forma convin-

cente P. Leyhausen con respecto a los animales carnívoros felinos. Pero, simultáneamente —según ha expuesto también P. Leyhausen—, cada una de esas piezas disponibles se convierte en impulso autónomo al desarrollarse un comportamiento particular de apetencias, más el afán por satisfacerlas. Sin duda, al hombre le faltan largas cadenas de estímulos instintivos enlazados forzosamente entre sí, pero cabe suponer —si nos fundamos en la extrapolación de los resultados obtenidos hasta ahora con los mamíferos superiores— que dispone de impulsos auténticamente instintivos no inferiores, sino bastante superiores, a los de cualquier animal. Sea como fuere, debemos contar con esta posibilidad en el análisis experimental del sistema.

Esto reviste especial importancia cuando se ha de dictaminar sobre un comportamiento trastornado por causas a todas luces patológicas. El psiquiatra Ronald Hargreaves, muerto prematuramente, me comunicó, en una de sus últimas cartas, que él se había impuesto como método habitual en el sondeo de cada trastorno mental la formulación de *dos* preguntas concurrentes. Primera: ¿Cuál es la probable función normal y específica del sistema perturbado en los casos sometidos a observación? Segunda: ¿Cuál es el tipo de trastorno, especialmente si obedece a la hiper o hipofunción de un sistema parcial? Los sistemas parciales de un conjunto orgánico complejo están sujetos a una acción recíproca tan íntima que se suele encontrar gran dificultad en delimitar sus funciones, entre las cuales ninguna es concebible en su forma normal sin la participación de todas las demás. Podríamos decir incluso que las estructuras de los sistemas parciales no son siempre definibles con absoluta claridad. Así hemos de entenderlo cuando Paul Weiss afirma en su clarividente ensayo, «*Determinism Stratified*», sobre los sistemas subordinados: «Un sistema es todo aquello suficientemente homogéneo para merecer tal denominación».

Existen muchos impulsos humanos con la suficiente homogeneidad para encontrar una denominación en el lenguaje coloquial. Vocablos como odio, amor, amistad, ira, fidelidad, afecto, recelo, confianza y así sucesivamente, representan otros tantos estados que corresponden a las distintas apetencias hacia conductas muy concretas, según ocurre con las expresiones acuñadas asimismo por la investigación científica del comportamiento, tales como agresividad, tendencia a la ordenación jerárquica, sentido de territorialidad, etc., sin olvidar los términos relacionados con la disposición anímica, es decir incubación, celo y desbandada. Nos está permitido depositar en la sensibilidad adquirida naturalmente mediante nuestro lenguaje para los profundos nexos psicológicos la misma confianza que en la intuición de los observadores científicos del mundo animal, y presuponer —primero sólo como hipótesis experimental— que cada una de estas designaciones para los estados anímicos y los actos humanos corresponden a un sistema de impulsos reales, por lo cual importa poco provisionalmente averiguar en qué proporción extrae su fuerza un impulso dado de las fuentes filogenéticas o culturales. También nos está permitido suponer que cada uno de esos impulsos es un eslabón de un sistema ordenado, armonioso en su funcionamiento y, por consiguiente, *imprescindible*. Así pues, el preguntarse si odio, amor, lealtad, desconfianza, etc., son «buenos» o «malos» es un planteamiento desprovisto de toda comprensión para la función sistemática de dicho conjunto, y resulta tan desatinado como el preguntarse si las glándulas tiroides son buenas o malas. El concepto habitual de que es posible dividir dichas cualidades en buenas y malas, de que amor, lealtad y confianza son buenas mientras odio, recelo e infidelidad son malas, obedece a este hecho irrefutable; por lo general, nuestra sociedad carece de las primeras y tiene exceso de las segundas. El gran amor se deteriora sin remedio bajo el peso de una numerosa prole, el valor absoluto e intrínseco de la lealtad exalta-

da al «estilo nibelungo» surte efectos infernales como ya se hiciera evidente en su día, y, recientemente, Erik Erikson ha demostrado con razonamientos concluyentes la indispensabilidad del recelo.

Una propiedad estructural de todos los sistemas superiores integralmente organizados es la regulación del llamado ciclo periódico u homeostasia. Para dilucidar su efecto imaginemos en primer lugar una estructura funcional compuesta por cierto número de sistemas dispuestos en tales condiciones que el sistema *a* sustenta los efectos del *b*, el *b* los del *c* y así sucesivamente hasta que, por último el *z* ejerce una influencia fortalecedora sobre el rendimiento del *a*. Un círculo semejante de «acoplamiento regenerativo positivo» mantiene un equilibrio inestable en el mejor de los casos; así pues, el más mínimo aumento de un solo efecto desencadena por necesidad una amplificación torrencial de todas las funciones del sistema, e inversamente, la más ínfima disminución origina una reducción de todas las actividades. Tal como lo ha descubierto la técnica hace largo tiempo, resulta posible transformar ese sistema inestable en uno estable introduciendo en dicho proceso circular un eslabón único cuyo influjo sobre el que le sigue en la cadena de acciones es tanto más débil cuanto mayor es la influencia recibida, a su vez, por el del eslabón precedente. Así se crea un ciclo normativo, una homeostasia o «*negative feedback*» (realimentación negativa). Es uno de los escasos procesos desentrañados por los técnicos antes de que los descubrieran las ciencias naturales en el terreno de lo orgánico.

La Naturaleza viviente posee incontables ciclos normativos. Éstos son tan indispensables para el mantenimiento de la vida que apenas es posible percibirla sin el «descubrimiento» simultáneo del ciclo normativo. Los ciclos de acoplamiento regenerativo positivo no existen en la Naturaleza por así decirlo, o, si acaso, son acontecimientos de aparición súbita y desvanecimiento no menos rápido, como ocu-

rre con las avalanchas o los incendios esteparios. Así lo recuerdan también muchas perturbaciones patológicas de la vida social humana, lo cual nos hace evocar lo que dice Schiller en la «Campana» sobre el poder del fuego: «Sin embargo, ¡guardaos cuando se desencadena!».

El acoplamiento regenerativo negativo del susodicho ciclo hace innecesario que la acción de cada sistema secundario, entre todos cuantos participan en él, se ajuste exactamente a una medida predeterminada. Ahí se compensa con facilidad cualquier híper o hipo función ínfima.

Por tanto, solamente sobrevendrá una perturbación peligrosa del sistema total cuando alguna función parcial aumente o disminuya en tal proporción que resulte imposible equilibrar la homeostasia, o bien cuando se estropee algo en el propio mecanismo regulador. En las páginas siguientes mostraremos ejemplos de ambos casos.

II. SUPERPOBLACIÓN

Por regla general, se encuentra muy raras veces un ciclo de acoplamiento regenerativo positivo en un organismo aislado. Tan sólo la vida como un todo puede entregarse a tal desmesura, hasta ahora con impunidad aparente. La vida orgánica se ha encajado como una represa muy peculiar incluso en la corriente de la energía mundial declinante, «engulle» entropía negativa, arrebatada energía para desarrollarse y mediante su desarrollo consigue asimilar cantidades siempre crecientes de energía, haciéndolo con tanta más rapidez cuanto mayor es la asimilación, y si esto no ha originado todavía la pululación con todos sus efectos catastróficos, es porque los poderes implacables de lo inorgánico, las leyes de la probabilidad, refrenan la multiplicación de los seres; pero también, en segundo lugar, porque se constituyen ciclos normativos dentro de las diversas especies vivientes. En el siguiente capítulo, donde se reseña la destrucción del espacio vital terrestre, analizaremos brevemente cómo actúan estos ciclos. La reproducción desmedida de los seres humanos parece recomendable como primer tema de nuestra discusión, pues muchas manifestaciones que trataremos ulteriormente son consecuencias suyas.

Todas las facultades inherentes al hombre y derivadas de sus profundas percepciones en la naturaleza circundante, es decir, el progreso de su tecnología, los adelantos de las ciencias química y médica, todo cuanto parece hecho para aminorar los sufrimientos humanos se traduce, de forma horrible y paradójica, en una corrupción de la Humanidad. Esta amenaza con hacer precisamente lo que casi nun-

ca han intentado los sistemas vivientes, a saber, estrangularse a sí misma. Pero lo más espantoso de este acontecer apocalíptico es que las cualidades y aptitudes óptimas, las más nobles del hombre, aquellas que conceptuamos y valoramos con razón como específicamente humanas, son las primeras en sucumbir, a juzgar por las apariencias.

Nosotros, los que vivimos en países civilizados de gran densidad demográfica o en inmensas urbes, ignoramos ya cuánta falta nos hace el altruismo generalizado, entrañable y acogedor. Uno necesita llegar como visitante inesperado a una casa de cualquier país densamente poblado donde muchas calles sórdidas de varios kilómetros separan entre sí a los vecinos, para apreciar lo hospitalario y filantrópico que puede ser el hombre cuando no se le apremia constantemente a desplegar su capacidad para los contactos sociales. Así lo noté de forma consciente gracias a un incidente inolvidable acaecido hace tiempo. Cierta vez me visitó un matrimonio americano de Wisconsin, ambos conservadores profesionales de un parque nacional y cuya casa estaba aislada en pleno bosque. Cuando nos disponíamos a cenar, sonó el timbre de la puerta y yo exclamé encolerizado: «¡Vaya! ¿Quién diablos será ahora?». La consternación de mis invitados fue inenarrable; no creo que se hubieran trastornado tanto si hubiese pronunciado la mayor obscenidad concebible. Les pareció escandaloso que aquel timbrazo imprevisto en la entrada provocara una reacción tan exenta de alegría.

Sin duda el confinamiento de las masas humanas en los modernos centros urbanos tiene mucha culpa de que no percibamos ya el semblante del prójimo en ese escenario fantasmagórico donde se trocan, superponen y desdibujan incesantemente las imágenes humanas. Nuestro amor al prójimo se atenúa tanto con la excesiva proximidad de los innumerables semejantes, que en última instancia apenas queda rastro de él. Quienes deseen exteriorizar todavía unos sentimientos cordiales y afectuosos hacia su prójimo